

Mauro Bonazzi

# El pasado

Entre la nostalgia y la cancelación

Traducción de L. Carmen Tenero Lorenzo



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Passato*

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de cubierta: Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Società editrice il Mulino, Bologna  
© de la traducción: L. Carmen Ternerero Lorenzo, 2025  
© Alianza Editorial, S. A., 2025  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-967-6  
Depósito legal: M-11895-2025  
Printed in Spain

# Índice

- 9 1. El presente
- 25 2. El juez
- 47 3. Nostalgia
- 67 4. Occidente y el resto
- 87 5. Occidentales, Orientales
- 111 6. «Nadie es una hoja en blanco». Pasado, presente,  
futuro
  
- 131 Notas
  
- 145 Bibliografía



## 1. El presente



¡Estamos en la cima más elevada de los siglos! ¿Para  
qué mirar atrás si queremos derribar las misteriosas  
puertas de lo imposible?

F. T. MARINETTI, *Manifiesto futurista*

Al día siguiente. A la misma hora.  
En el mismo lugar.

S. BECKETT, *Esperando a Godot*



Cada vez más rápido. El coche coge velocidad, corre, a los lados se difumina el paisaje. El cuerpo y la espalda se hunden en el asiento, la adrenalina sube y aumenta la atención. Hay vehículos delante, a los lados, por detrás; todos corren. Los obstáculos no entran en el campo de visión hasta el último momento, cuando ya casi es demasiado tarde. La mente, en tensión, intenta reaccionar ante lo inesperado. El paisaje cambia continuamente. En cuanto a la dirección que se ha tomado, de dónde se viene y adónde se va, son cuestiones que habrá que pensar más tarde; ahora mismo no hay tiempo. Ahora hay que concentrarse en la carretera. Los pies en el suelo, no quedarse atrás, seguir por el buen camino, no

estrellarse. Es una sensación estimulante, pero la emoción también va acompañada del miedo a que las cosas salgan mal, a que se descontroren. Como en un videojuego, la velocidad vuelve a aumentar. Pero no es un videojuego.

Y todo se detiene.

En 2010, Hartmut Rosa escribió un librito tan intenso como esclarecedor: un «ensayo sobre la vida moderna», escribe en la primera frase. Y ya en el título aparece la palabra clave para entender esta «vida moderna», el mundo y los tiempos en que vivimos, o quizá en los que vivíamos. *Alienación y aceleración*<sup>1</sup>. Hasta hace poco, vivíamos en un mundo de aceleración constante, un mundo al que las novedades llegaban en oleadas cada vez más tormentosas, sin que hubiera tiempo para adaptarse a los cambios, porque al mismo tiempo ya estaba ocurriendo otra cosa, no menos importante y todavía más urgente. Como en un videojuego, el reto era estimulante, pero la emoción iba acompañada del

miedo a que las cosas se descontrolaran, o peor aún, del miedo a quedarse atrás y, en consecuencia, a hundirse cada vez más. En un mundo en el que todo va rápido, rápidamente se establece una división entre ganadores y perdedores, entre los que saben adaptarse a las nuevas situaciones (o tienen los medios para hacerlo) y los que están condenados a una situación de precariedad. No se trataba solo de la aceleración que se produce por las innovaciones tecnológicas, aunque sea el fenómeno más visible: pensemos en el aumento de la velocidad en los transportes o las comunicaciones en el nuevo mundo globalizado. En la nueva realidad digital, todo está conectado, y por tanto es simultáneo e inmediato. Igualmente importantes eran las consecuencias sociales. Actitudes, valores, modas, estilos de vida, relaciones y obligaciones sociales, costumbres; todo cambiaba constantemente. Con el único imperativo, válido para todos, de seguir siendo jóvenes; en otras palabras, de seguir conectados al aquí y al ahora, bajo pena de marginación, de caer en el olvido. Ya no es hora de «proyectos de vida» y «valores arraigados» que orienten las decisiones existenciales. Mejor subirse al carro y estar siempre dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad que se presente<sup>2</sup>.

El resultado fue un cambio de «régimen temporal», una contracción del presente en el presente<sup>3</sup>.

Toda la atención se dirigía al momento presente, no había tiempo para nada más. En una situación de constante cambio, pararse a pensar en el pasado, preguntarse de dónde venimos, no parecía tener mucha importancia, y, sobre todo, no teníamos tiempo para hacerlo. Y cambiando continuamente el presente, cambiaban continuamente los futuros, ora halagüeños, ora distópicos, pero siempre en transformación, posibilidades y perspectivas mutantes, hasta resultar efímeros. Solo quedaba el presente, cada vez más complicado y escurridizo.

Y entonces llegó el covid.

La pandemia obligó a dar un frenazo en una carrera que parecía imparable. Pero lo que realmente supuso y lo que está sucediendo ahora no está claro para nadie. En las semanas de confinamiento, el deseo más común era la vuelta a la normalidad. Sin embargo, durante ese tiempo nos dimos cuenta de que, en el fondo, nadie tenía realmente claro qué era esa «normalidad». De ahí las continuas referencias a la «nueva normalidad», un concepto todavía más escurridizo. Ahora, todo ha empezado a moverse otra vez, y es difícil saber qué está pasando en realidad, qué ha cambiado realmente en nuestras vidas y qué fue lo que dejamos a un lado durante un momento para luego retomarlo tal cual. Lo que no

parece haber cambiado es el hecho de concentrarse en el presente.

La modernidad tardía fue y sigue siendo la época del presentismo.

Desde luego, no es la primera vez que una sociedad se centra en el presente. El saber que se está viviendo en un momento especial, que requiere una atención particular y exclusiva, domina por ejemplo gran parte del debate intelectual europeo de la primera modernidad, entre los siglos XVI y XVIII, empezando por Francis Bacon y su convicción de que solo se puede empezar a pensar en serio, a abordar los problemas de forma concreta, después de haberse liberado de los ídolos de la tradición. En el siglo XIX, el francés Auguste Comte celebró la nueva era del positivismo, en la que los seres humanos, reconociendo la inutilidad de la metafísica, desarrollarían un enfoque científico de la realidad para

crear por fin una sociedad racional, ordenada y pacífica. A principios del siglo XX, el impetuoso progreso tecnológico suscitó un entusiasmo generalizado y no faltaron quienes, como los futuristas de Filippo Tommaso Marinetti, ensalzaron el «automóvil rugiente», «lanzado a la carrera» y mucho «más hermoso que la *Victoria de Samotracia*»:

¡Estamos en la cima más elevada de los siglos! ¿Para qué mirar atrás si queremos derribar las misteriosas puertas de lo imposible? Han muerto el tiempo y el espacio. Nosotros vivimos en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna velocidad omnipresente.

Así llegamos a hoy. Al fin y al cabo, la palabra «moderno», del latín *modernus*, deriva del adverbio *modo*, que significa ‘ahora mismo, recientemente’ (la primera prueba de su uso se remonta a un escrito del papa Gelasio en 494)<sup>4</sup>. A fin de cuentas, todos pensamos que vivimos en una época especial, en la que está ocurriendo algo importante.

Sin embargo, los ejemplos que acabamos de mencionar comparten una perspectiva que ahora falta: no es solo la consciencia de la novedad del tiempo presente, sino también la confianza en el camino emprendido, la convicción de que las cosas avanzan y progresan. Al énfasis en el presente lo acompaña

un optimismo por el rumbo que se ha tomado, una confianza en el progreso. Así fue a lo largo de toda la modernidad y durante gran parte del siglo XX, con sus «sueños americanos», sus «milagros alemanes» o «japoneses» y sus «paraísos socialistas». En esos casos, el futuro era el que daba un rumbo y un orden al presente<sup>5</sup>. Pero no parece ser así en la actualidad. Aparte del entusiasmo de ciertos futurólogos de éxito —Yuval Noah Harari es el primer nombre que me viene a la mente<sup>6</sup>— o de quienes celebran la nueva humanidad poshumana, capaz de triunfar sobre la muerte gracias a la tecnología<sup>7</sup>, no se diría que la fe en el progreso sea un rasgo característico de nuestra época<sup>8</sup>. El futuro, cuando no es fuente de preocupación, es un recurso supeditado a las necesidades del presente, de un presente que, sin puntos de referencia, solo quiere seguir perpetuándose tal como es, con sus privilegios y distorsiones.

En nuestro caso, la focalización en el presente recuerda bastante a lo que Pier Vittorio Tondelli escribió en *Altri libertini*, en 1980, al hablar sobre la educación sentimental de un muchacho de provincias en «un inmediato que no parece tener pasado ni futuro»<sup>9</sup>. Lo cantaba también un grupo musical que gozaba de un discreto éxito en Italia en esos mismos años, los CCCP Fedeli alla linea: «Un eterno presente che capire non sai [un presente eterno que

no sabes entender]». El presente es eterno, porque no parece haber lugar para un antes o un después. Es siempre el momento del «aquí y ahora». Solo existe el tiempo presente, un tiempo proteiforme, siempre actual y siempre distinto, que nunca podremos comprender. Así, una y otra vez, corremos como hámsteres en la rueda de la jaula, cada vez más rápido pero sin avanzar ni un milímetro<sup>10</sup>. La canción de CCCP continúa con una frase que suena como una amenaza velada: «L'ultima volta non arriva mai [la última vez no llega nunca]». Como si no hubiera forma de salir de ese ciclo, en el que la aceleración solo produce alienación (la otra palabra clave del ensayo de Hartmut Rosa citado anteriormente), una pérdida de control de nosotros mismos y de lo que hacemos.

Y al mismo tiempo, como telón de fondo cada vez más inquietante, hay un tiempo nuevo, el de la catástrofe, el cambio climático, del que no parecemos dispuestos a darnos por enterados. La nuestra es una época de cortocircuitos, de una sociedad que parece ensimismada, incapaz de recuperar la profundidad. ¿Deberíamos intentar mirar atrás? ¿Tratar de comprender de dónde venimos para entender dónde estamos y hacia dónde vamos?

Hablar del pasado, de nuestra relación con el pasado, es un tema potencialmente inagotable, que abarca todo y nada. Sería difícil, si no imposible y tal vez inútil, abordarlo de modo exhaustivo. Desde luego, no es el objetivo de este libro. En cambio, en las páginas que siguen nos detendremos en ciertos aspectos que parecen ser más relevantes para poner orden en esta maraña. En la segunda sección exploraremos la tendencia cada vez más extendida de los contemporáneos a erigirse en jueces del pasado en virtud de una supuesta superioridad. Dicho de otro modo, es el problema de la cultura de la cancelación o *cancel culture*, y es mucho más interesante de lo que parece, si dejamos de lado los episodios biza-

rros y grotescos (que son muchos). Por otra parte, a pesar de las apariencias, la actitud de quienes pretenden defender el pasado de estas distorsiones no deja de ser instrumental y sesgada, como veremos en la tercera sección: incluso la celebración nostálgica del pasado es un intento de subyugarlo a las necesidades del presente. Y para entonces habrá quedado claro que «pasado» es quizá un término demasiado genérico en el fuego de estas polémicas, porque lo que se cuestiona no es el pasado entendido de un modo genérico, sino, mucho más específicamente, el pasado de la tradición europea y occidental: este es el convidado de piedra del que todo el mundo habla, ya sea para defenderlo o para atacarlo. Pero ¿sabemos realmente qué es esa tradición europea y occidental de la que todo el mundo habla? En la cuarta sección veremos que se trata de un concepto mucho más esquivo de lo que parece, y en el quinto abordaremos sus límites y potencialidades en el mundo globalizado en que vivimos, lo que nos permitirá volver al problema del pasado de una manera más consciente, como haremos en la última sección, donde intentaremos sacar algunas conclusiones sobre lo que el pasado significa para nosotros en una época dominada por el presente y en la que el futuro se cierne cada vez más amenazador.

## 2. El juez